

El tema de la Olimpiada de este año me ha permitido disfrutar este verano de la lectura en paralelo de El Quijote de Cervantes y la obra recién publicada de Antonio Muñoz Molina.

Voy a recoger brevemente algunas ideas que me han llamado la atención de esta última y algunos fragmentos que quizás puedan ayudar en la preparación de los trabajos de los alumnos.

Algunos apuntes y fragmentos sobre la locura de Don Quijote desde la lectura del libro de Antonio Muñoz Molina, *El verano de Cervantes*, Editorial Seix Barral.

La admiración de Muñoz Molina por la obra de Cervantes tiene sus raíces en la infancia y le ha acompañado a lo largo de casi todos los veranos de su vida. Esta profunda vivencia y reflexión sobre la obra es el hilo argumental de su libro. Aquí se recogen sólo algunas ideas interesantes sobre el tema de la locura, que es el que nos ocupa en esta Olimpiada.

Según el autor, en Don Quijote conviven dos tipos de locura: la **locura autoritaria y programática** del que quiere imponer sobre la realidad los preceptos delirantes de las teorías o los libros y la **locura plena de intuición poética** del que descubre en las formas de lo cotidiano el esplendor de lo mirado por primera vez. Es esta última la que explica la magia y potencia simbólica de relatos universales como el de los molinos de viento y ofrece una posibilidad de encantamiento de la realidad que resulta siempre sugerente y abierta a distintas interpretaciones. Se trata de una locura que amplía nuestra percepción de la realidad y nuestra capacidad de pensarla.

1. “La locura intensifica hasta lo adivinatorio la **percepción poética del mundo**: las resonancias visuales que no vienen de un parecido superficial sino que revelan vínculos y afinidades profundas: gigantes y molinos de viento, con sus cuerpos macizos y sus grandes brazos giratorios; las altas bardas de color de tierra de una venta y los muros de un castillo a la hora del atardecer en la que el sol dora delicadamente las cosas; los ejércitos marchando por una

seca llanura y los rebaños de ovejas sumergidos en nubes de polvo con su estruendo de pezuñas, gritos, silbidos, cuernos de pastores; el brillo de una bacía de latón herida por el sol limpio de una mañana de verano en la que la llovizna ha limpiado el aire y el oro de un yelmo encantado, el de Mambrino (...)"

El primer tipo de locura, la que describe como autoritaria y programática, resulta menos atractiva y sin duda preocupante. Muñoz Molina insiste varias veces en el egocentrismo no exento de soberbia de Don Quijote y en su incapacidad para escuchar o callar mientras el otro habla. Don Quijote tiene una opinión elevada de sí mismo y salta con violencia ante la menor sospecha de haber sido ofendido en su orgullo de caballero andante. En muchas ocasiones pasa rápidamente de la templanza a la furia sin apenas pestañear. La locura no tiene aquí la función de encantar el mundo sino de afianzar la posición ante los otros del sujeto que la representa. Por eso mismo busca siempre la teatralidad, la puesta en escena ante un público atento y receptivo a su espectáculo del que no se espera más que la aprobación incondicional.

2. "Su locura no es la del delirio sino de la **soberbia**, la obstinación programática de ver lo que él quiere ver y no lo que tiene delante de los ojos. Toda su vida ociosa ha consistido en mandar sin esfuerzo sobre personas que le están sometidas y a las que siempre ha visto como inferiores: el ama, la sobrina ese mozo de campo y plaza fantasmal que es el personaje más fugaz de la novela...."

Desde esta perspectiva el tantas veces elogiado **idealismo** de Don Quijote, ejemplo de pensamiento utópico e inconformismo con las injusticias de la cruel realidad, no sería tanto un buen ejemplo de moralidad y buen hacer como de cabezonería poco atenta a las verdaderas necesidades de los que le rodean. El empeño en acumular hazañas que refuercen su gloria como caballero andante aparece en la práctica reñido con las consecuencias de sus acciones que perjudican a otros sin que eso parezca importarle.

3. “El **idealismo** de Don Quijote es atolondrado y doctrinario. Empeñado en hacer el bien según las enseñanzas de sus libros, y sin pararse a mirar lo que sus ojos están viendo -y aquello de lo que Sancho muchas veces le advierte- , don Quijote ni escarmienta ni sufre remordimiento alguno por los desastres que ha causado. Deja tullido de un lanzazo a un pobre hombre que no le ha hecho nada y se va tanta contento, convencido de haber culminado una hazaña más. Por fortuna las catástrofes que Don Quijote puede provocar son muy limitadas, a diferencia de las de los **quijotismos ideológicos del siglo XX**”

En el fondo, para Muñoz Molina, lo que salva al personaje no son sus presuntos ideales caballerescos y justicieros sino su fondo de bondad y candidez que en tantos momentos aparecen y que Sancho Panza describe y elogia a lo largo de la obra. La lucidez de su criterio se hace patente respecto a diferentes temas que aparecen tanto en las conversaciones entre caballero y escudero como en las que mantienen con otros muchos personajes con los que se van encontrando.

¿Dónde situar entonces el tipo de locura de Don Quijote y cómo relacionarla con la locura en el mundo actual? Para Muñoz Molina de lo que trata Cervantes a través de su obra no es tanto de la locura como de la complejidad de la vida humana en toda su diversidad y vulnerabilidad y de la dificultad de construir nuestras biografías. No tiene sentido hablar de la locura de Don Quijote en un sentido médico, sino como un ejemplo de la dificultad de los seres humanos para construir nuestra biografía. En este empeño entrelazamos las ficciones con nuestra vida muchas veces de forma equivocada o cercana al delirio. De esta manera se resalta la trascendencia del error, de la interpretación o creencia equivocada, en la construcción de la propia vida por parte de cualquier ser humano en general. Cervantes no presenta un dilema entre cordura y locura, sino que se recrea en todas las complejidades de su conjunción, pues los seres humanos construimos nuestra identidad fluctuando siempre entre ambas. De ahí el hecho habitual de que personas de una extraordinaria inteligencia y muy competentes en su

especialidad, incluso científica, se entreguen sin reparo a alucinación ideológicas haciendo compatible el fanatismo con la realidad.

4. "... la locura de Don Quijote, circunscrita al ámbito de la caballería andante, y sin embargo inocua o inexistente en los demás aspectos de la vida, no tiene nada de excepcional. En realidad es **la forma más común de locura: una locura emocional, intelectual, ideológica**. Casi todo el mundo ha tenido alguna vez convicciones o apasionamientos que lo han llevado a sostener una idea equivocada precisamente de las cosas que más le importaban, e incluso a actuar con insensatez y temeridad en una faceta particular de la vida, mientras que en todas las demás mantiene lo que parece una sólida cordura. Personas de una extraordinaria inteligencia y muy competentes en el campo de su especialidad, incluso científica, se entregan sin reparo a terribles alucinaciones ideológicas y son capaces de hacer compatible el fanatismo con la realidad, la física teórica con la fe en las apariciones de la Virgen María, la mesura y la seriedad profesional con fábulas paranoicas y hasta criminales sobre la patria o sobre la felicidad colectiva."

Los delirios de Don Quijote le pertenecen, pero las novelas de caballerías forman parte del acervo social de su época y muchos, como el dueño de la venta, creían en la existencia real de sus personajes. Los errores en la construcción de nuestra percepción del mundo y biografía propia pueden hacernos daño a nosotros y a nuestro entorno más cercano, pero ¿Qué ocurre cuando ese delirio es compartido por todo un grupo social?

5. "La **ceguera privada** solo conduce a la frustración o al desengaño personal. Un hombre o una mujer enamorados eligen no ver a la persona real que tienen delante, sino que construyen en torno a ella un personaje a la medida de sus fantasías (...). La **ceguera pública**, el quijotismo colectivo, proyecta sobre el mundo real las alucinaciones de un libro, y lo toman como guía de comportamiento y como justificación de sus barbaridades y de sus impulsos agresivos y

criminales. La Biblia, el Corán, el Manifiesto Comunista, Mein Kampf han trastornado muchas más cabezas que Amadís de Gaula y han causado mucho más daño al mundo.”

En la época de las redes sociales y la digitalización global es tarea tan ardua como imprescindible distinguir entre delirios privados y públicos. Cervantes nos muestra que la tarea no es nueva y que de una manera u otra todos estamos enredados en ello. Por eso parece importante atender al mensaje cervantino sobre nuestra propia naturaleza que recoge Muñoz Molina. Es un mensaje que en tiempos de soberbia nos señala el camino de la humildad:

6. “Una de las lecciones supremas de Cervantes es la atención a lo inconstante, lo ambiguo, lo contradictorio de las personas, las trastornadas y las en apariencia cuerdas, las mezquinas y las generosas. Don Quijote es cortés y comedido y un momento después está ciego de cólera y grita atropelladamente groserías, y ataca por sorpresa y con extrema violencia a alguien que no puede defenderse. Sancho se conmueve con el llanto de un galeote viejo y le da una limosna, y unas páginas después está especulando sobre la posibilidad de gobernar un reino que tenga costa y este poblado de súbditos negros para hacerse rico vendiéndolos a todos como esclavos.”